

**ORÍGENES DEL FEMINISMO.
TEXTOS DE LOS SIGLOS XVI AL XVIII**

Lidia Taillefer de Haya, ed.

Torrejón de Ardoz: Narcea de Ediciones, 2008.

(by María Dolores Narbona Carrión. Universidad de Málaga)

narbona@uma.es

La Doctora Lidia Taillefer de Haya ha conseguido reunir en este volumen un nutrido grupo de textos originales ingleses escritos por destacadas figuras femeninas precursoras de la lucha por la igualdad. Se trata de textos que deben ocupar un lugar importante en los estudios de género y que en muchas ocasiones no hemos podido conocer de primera mano porque se habían excluido de los cánones literarios e incluso históricos. Con su traducción al castellano, la Dra. Taillefer logra acercarlos, además, tanto a los que no conocen la lengua inglesa como a quienes tienen dificultades para entender la de los siglos XVI al XVIII. Con esta iniciativa, la autora contribuye a la eliminación de uno de los obstáculos que se aprecian en el campo del feminismo: la comprensión del discurso. Tal como señala, por ejemplo, Margaret Walters, el discurso feminista se suele plantear con un grado de dificultad tan alto, que su plena comprensión no está al alcance de la mayoría de las mujeres y llega tan sólo a una minoría de privilegiadas con un alto nivel de conocimientos (2005: 141). Así, para esta traducción, la Dra. Taillefer ha impulsado el trabajo de un equipo de profesoras e investigadoras de los estudios de género que ha hecho posible volcar los fragmentos, cuidadosamente seleccionados por ella misma, de la lengua inglesa a la española. Sin lugar a dudas, esta iniciativa resulta acorde con el contenido mismo del libro, que recoge los trabajos de mujeres interesadas en la mejora de la situación del que tradicionalmente se ha considerado el “sexo débil”, aunque eso fuera en otra época más lejana, en la que aún no eran tan frecuentes este tipo de actividades colectivas

femeninas. Por entonces no existía el feminismo como tal, aclara la propia autora en la Introducción al libro; para ella dicho movimiento fue aproximadamente coetáneo de la Ilustración francesa (2008: 1) y tanto la mayoría de las escritoras como los textos suyos incluidos en esta obra constituyeron el germen del feminismo occidental.¹ Es precisamente esto lo que hace la antología especialmente interesante, ya que la mayoría de las obras que versan sobre la historia del feminismo tienden a centrarse en las etapas más conocidas y de mayor relevancia de dicho movimiento: finales del siglo XIX y principios del XX, algo que se constata, por ejemplo, en el título mismo de obras como la de Margaret Forster, *Significant Sisters: The Grassroots of Active Feminism 1839-1939*.

Teniendo esto en cuenta, la autora nos advierte de que el contenido de algunos de los textos puede resultar chocante o contradictorio, desde un punto de vista feminista moderno, debido, por ejemplo, a sus connotaciones clasistas que se entienden mejor si no se olvida el contexto en que se gestaron y el estado embrionario de la lucha por la igualdad en que se ubican. No obstante, cuando se indaga en algunas de estas declaraciones aparentemente contradictorias, nos surge la duda de si, dado que en su mayoría se encuentran en los prefacios, no podría tratarse de una sabia estrategia mediante la que, fingiendo aceptar la subordinación al sexo masculino y la irrelevancia frente a él, las autoras buscasen ganarse el favor de la sociedad de su época, tan marcada por los valores patriarcales, e incluso el permiso de la misma para escribir. Así puede desprenderse de declaraciones como la de Margaret Lucas Cavendish: “No se puede esperar que yo escriba con tanta sabiduría e ingenio como los hombres, al ser del sexo femenino” (Taillefer 2008: 46); o de esta otra de corte similar, que la poeta Anne Bradstreet, incluyó en el Prólogo a su obra de 1650: “Men have precedence and still Excel, / It is but vain unjustly to wage war; Men can do best, and Women know it well. / Preeminence in all and each is yours; Yet grant some small acknowledgement of ours” [“Los hombres tienen precedencia y también excelencia: es inútil librar una injusta batalla; los hombres pueden hacerlo mejor, y las mujeres lo sabemos bien. La preeminencia en todo es vuestra; pero concedednos al menos algún pequeño reconocimiento”] (2006: 397); más evidente quizá sea el uso de esta estrategia en estas frases de Bathsua Reynolds Makin, refiriéndose al tema de la educación: “No permitáis que vuestra condición de damas se vea ofendida, pues yo no alego (como algunos han hecho con ingenio) la preeminencia femenina. Si se pide demasiado, te pueden negar todo” (Taillefer 2008: 63).

Para delimitar de forma clara el objetivo de su estudio, la Dra. Taillefer ha querido centrarse en un ámbito concreto de las raíces del feminismo: el Reino Unido, donde —reconoce la autora— el papel de la mujer se vio favorecido por los efectos positivos del Humanismo, efectos que la Reforma protestante también supo aprovechar para contar con su colaboración, por ejemplo, en las traducciones de textos religiosos al inglés. Esto les permitió a las mujeres de aquella época desempeñar nuevas tareas y,

de resultas, adentrarse, cada vez más profesionalmente, en terrenos relacionados con la cultura; no obstante, también tuvieron que enfrentarse, a prejuicios machistas aún vigentes, si bien en menor medida. Como constata la Dra. Taillefer, el grado de aceptación de este tipo de actividades dependía en gran medida de las clases sociales a las que las autoras pertenecían, siendo mejor visto entre las mujeres de clase social alta, como fue el caso de la Duquesa de Newcastle. Otras como Mary Hays o Mary Wollstonecraft —también incluidas en el libro— tuvieron que esperar hasta el siglo XVIII para dedicarse a la escritura de forma profesional. En este sentido, podemos comprobar cómo la situación de las escritoras inglesas era muy similar a la de las que habitaban en los Estados Unidos de América. Así, por ejemplo, Anne Bradstreet (1612-1672), que emigró allí desde Inglaterra, tuvo que recurrir a su cuñado, John Woodbridge, para publicar, en su país de origen, su obra —en la que defendía el papel de la mujer de forma muy avanzada para su época. Además, Woodbridge tuvo que defender el honor de Bradstreet en la edición de su obra, aclarando que la sacaba a la luz sin el permiso de la autora, a quien la actividad poética no había distraído de sus responsabilidades como ama de casa y esposa diligente, puesto que la había llevado a cabo únicamente durante su tiempo libre: “These poems are the fruit but of some few hours, curtailed from her sleep and other refreshments” [“Estos poemas son el fruto de sólo unas cuantas horas, restadas a su sueño y a otros descansos”] (Cowell 2006: 395).

Orígenes del feminismo confirma que, a pesar de esas dificultades, hubo mujeres luchadoras que no se amilanaron ante el ambiente adverso y consiguieron hacer públicas sus opiniones e iniciativas en diversos campos. Concretamente, el libro aborda la realidad de dieciséis mujeres: algunas se consagraron en exclusiva a la defensa de los derechos de las mujeres (Rachel Speght, Mary Hays y Mary Ann Radcliffe); otras se dedicaron a la traducción, tarea que sí se consideraba por entonces propia de las mujeres (Margaret Tyrrell Tyler, Elizabeth Carter y Mary Pierrepont Wortley Montagu; a la lingüística (Batshua Reynolds Makin); a la educación (Mary Astell y Maria Edgeworth); a la religión (Priscilla Cotton, Mary Cole y Margaret Askew Fell Fox); a la historia (Catherine Sawbridge Macaulay Graham); a la política (Mary Wollstonecraft); a la filosofía (Margaret Lucas Cavendish), y al arte (Mary Darby Robinson). Como señala la autora del libro, este número se podría haber visto incrementado fácilmente, si también se hubieran tenido en cuenta los muchos textos relacionados con la condición femenina que, en el pasado, aparecían firmados con pseudónimos y aquellos de autoría anónima o no confirmada, dado que esos casos eran muy frecuentes debido a las consecuencias negativas y al rechazo que, como antes se señalaba, podía provocar este tipo de trabajos.

La Dra. Taillefer aclara que la ausencia de hombres en su libro se debe al hecho de que son las mujeres las que tradicionalmente han escrito textos con la intención de mejorar su propia situación, y que no empezó a haber hombres que lo hicieran en

Inglaterra hasta el siglo XIX, es decir, un siglo después de los considerados por este trabajo. Resultaría interesante, pues, para futuros/as investigadores/as, retomar este estudio al objeto de ampliarlo, a partir de la fecha en que se detiene, e incluir no sólo a más escritoras, sino también los escritos de autores igualmente preocupados por la mejora de la situación de las mujeres de su tiempo, como es el caso de John Stuart Mill (1806-1873), autor de *El sometimiento de la mujer* (1869), obra que incluye declaraciones como ésta: “El principio regulador de las actuales relaciones entre los dos sexos —la subordinación legal del uno al otro— es intrínsecamente erróneo y ahora constituye uno de los obstáculos más importantes para el progreso humano; y debiera ser sustituido por un principio de perfecta igualdad que no admitiera poder ni privilegio para unos ni incapacidad para otros” (en Ocaña 2003: 1).

Además de la útil Introducción de la Dra. Taillefer, *Orígenes del feminismo* contiene una Cronología que ayuda a quien lee a situar a las autoras y a sus escritos en el contexto correspondiente, no sólo temporal e histórico, sino también cultural. De esta forma, y con una exposición clara, se relacionan los trabajos recogidos en el libro y las vidas de sus autoras con importantes acontecimientos, tales como los distintos reinados que se sucedieron en los siglos que abarca el volumen o la Primera Guerra Civil Inglesa, sobre la que escribió Catherine Sawbridge Macaulay Graham, una de las autoras mencionadas en la obra. Además, en este apartado la Dra. Taillefer no se limita al ámbito británico, sino que añade los eventos más relevantes, acaecidos en otros lugares de Europa, que guardan una estrecha relación con el contenido del libro. Entre ellos, hay que destacar la Revolución Francesa, que facilitó el surgimiento de escritos en los que tenían cabida distintas quejas femeninas. También en Francia hubo otras escritoras clave en la lucha por la mejora de la situación de la mujer, escritoras como Olympe de Gouges, que ilustra, además, lo peligroso que podía resultar en el pasado defender los derechos femeninos abiertamente: al final fue guillotinado. La consideración del ejemplo de la condesa romana Rosa Califronia corrobora el hecho de que los textos en que después se centrará el libro, aun perteneciendo al ámbito del Reino Unido, respondían a una inquietud femenina que sobrepasaba sus fronteras, formando parte de un fenómeno global que abarcaba incluso distintos continentes, como mencionamos anteriormente al referirnos a los Estados Unidos.

La cuidada estructura del libro incluye una Biografía de cada una de las escritoras, que precede a los textos traducidos, y que arroja luz sobre su contenido y resalta su valía y originalidad. A pesar de las lógicas diferencias existentes entre las escritoras, conviene conocer detalles sobre sus interesantes vidas, para descubrir las características que compartieron entonces y que les siguen siendo comunes a las escritoras contemporáneas que aún encuentran ciertos obstáculos para realizar su trabajo, según sugieren las investigadoras Weisser y Fleischner (1994: 2). Como ellas mismas reconocen, estas ideas provienen de la propia Luce Irigaray, que aseveraba: “Aunque existan grandes diferencias entre las mujeres, todas ellas sufren, incluso sin

darse cuenta, la misma explotación en sus carnes, la misma negación de sus deseos” (1985: 164); desde su punto de vista, es precisamente el reconocimiento de que les es común lo que dota de significado político a esa experiencia y la convierte así en feminismo. En esta línea de opinión parece situarse la Dra. Taillefer al dar a conocer las vidas de las escritoras mencionadas en *Orígenes del feminismo*; vidas marcadas por datos que normalmente no suelen asociarse a las mujeres de épocas tan distantes como la década de 1560, cuando Margaret Tyrrell Tyler ya se atrevía a traducir, sin modificaciones, romances, un género que, considerado frívolo y amoral, solía adaptarse a las convenciones aceptadas por la “decencia sexual” de la época; Tyrrell Tyler también se atrevía a defender la labor literaria de las mujeres, y a tratar de librarlas de las limitaciones de los temas religiosos a las que se les solía ligar exclusivamente. Pocos años después, Rachel Speght “osó” contestar, firmando con su nombre verdadero, al panfleto misógino de Joseph Swetnam que, en cambio, usó un pseudónimo, el de ‘Thomas Telthroth’. En su escrito, Speght nos sorprende con su valentía al emplear, por ejemplo, dedicatorias como: “Para el mayor de los idiotas que haya plasmado su pluma en papel, cínico ‘acosador de mujeres’ y misógino metamorfoseado, Joseph Swetnam” (Taillefer 2008: 27); y además nos asombra con una nueva interpretación de la historia del Génesis. En ella destacaba cómo la mujer fue creada para ser la igual del hombre y no su súbdita —idea también defendida en el texto de Margaret Askew Fell Fox—, con aclaraciones como: “Una vez concluida la creación, Dios mismo dio su aprobación al decir que ‘todo estaba muy bien’ (Gen. 31). ‘Todo’, incluida la mujer, que es la criatura más excelente bajo el reino de los cielos, excepto para el hombre” (Taillefer 2008: 29). Priscilla Cotton y Mary Cole, de cuyas vidas se conservan pocos detalles, nos maravillan en su texto conjunto con una astuta defensa del papel de las mujeres como predicadoras cuando aún no les estaba permitido serlo —tema al que también alude el texto de Askew. No menos impactantes resultan las sentencias de Margaret Lucas Cavendish, Duquesa de Newcastle, que ya en 1662 se dirigía a las de su mismo sexo con estas palabras: “Ojalá consiguiera persuadir las para organizar regularmente asambleas [...] de modo que podamos aconsejarnos con prudencia las unas a las otras para ser tan libres, felices y famosas como los hombres, no como ahora, que vivimos y morimos como si fuéramos animales en lugar de seres humanos” (Taillefer 2008: 46).

El estudio de Bathsua Reynolds Makin incluido en *Orígenes del feminismo* resulta fundamental para cualquier analista de los inicios de la igualdad en la educación, tanto por el contenido teórico como por el ejemplo vital de la autora. En el aspecto teórico, Reynolds Makin defendió la formación académica de las mujeres —al igual que lo hicieron Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu, Mary Astell, Catherine Sawbridge Macaulay Graham, Mary Wollstonecraft, Mary Hays o Mary Darby Robinson, entre otras; en el aspecto práctico, llegó a dominar hasta siete lenguas —Elizabeth Carter la superó al conocer ocho—,

fue profesora de idiomas y tutora de la princesa Isabel, hija de Carlos I, y además, madre de nueve hijos.

Con su obra, la Dra. Taillefer nos lleva en ocasiones a descubrir otra faceta distinta de la más conocida de las autoras que menciona. Estos son los casos, por ejemplo, de Mary Ann Radcliffe, especialmente famosa por su contribución novelística al género gótico, gracias a obras como *A Sicilian Romance* (1790), *The Romance of the Forest* (1791), *The Mysteries of Udolpho* (1794) y *The Italian* (1796), pero cuyo interés por la mejora de la situación de las mujeres, especialmente las más desfavorecidas de la sociedad—, se conoce bastante menos. Algo parecido ocurre en el caso de Maria Edgeworth: Tal como demuestra *Orígenes del feminismo*, tuvo una gran influencia en el campo de la educación —tema sobre el que publicó muchos ensayos innovadores—, pero sólo se le suele asociar con obras de ficción como *Castle Rackrent* (1800), *Belinda* (1801), *Leonora* (1806), *Tales of Fashionable Life* (1809), *Ennui* (1809), *Patronage* (1814), *Harrington* (1817), *Ormond* (1817), o *Helen* (1834). Otras escritoras nos sorprenden, además, por haberse adentrado en terrenos poco comunes cuyo tránsito podía comportar, en aquel tiempo, consecuencias poco gratas para la reputación de una mujer; era el caso del teatro (Walters 2005: 23), en el que destacó Mary Darby Robinson —‘Perdita’. Ella, sin embargo, logró enamorar al mismo Jorge IV, entablar amistad con Maria Antonieta y conseguir el reconocimiento de ilustres escritores como Samuel Taylor Coleridge. Tan interesante fue su vida, que necesitó cuatro volúmenes para plasmarla en una biografía titulada *Memoirs of the Late Mrs. Robinson, Written by Herself, With Some Posthumous Pieces*.

Tampoco faltan en el libro de la Dra. Taillefer autoras sobradamente conocidas en el ámbito del feminismo, como Mary Wollstonecraft, de la que se incluye la “Introducción” de su obra más destacada, *Vindicación de los derechos de la mujer*. De este modo, podemos comprobar la herencia que las autoras de los orígenes del feminismo o protofeminismo dejaron a las siguientes generaciones para servirles de inspiración y guía: Entre las sabias sentencias del citado fragmento de Wollstonecraft, encontramos ésta, muy similar a la antes citada de Rachel Speght, en la que se señala la torpeza del hombre con respecto a los genuinos planes igualitarios de Dios: “La naturaleza o, para hablar con estricta propiedad, Dios, ha hecho todas las cosas bien; pero el hombre ha inventado muchas cosas para echar a perder su trabajo” (Taillefer 2008: 191). Conforme *Orígenes del feminismo* se va adentrando en la última etapa temporal, las mujeres que estudia se presentan más valientes en la defensa del maltrecho sexo femenino, llegando incluso a considerarlo, como hizo Mary Hays —gran amiga de Wollstonecraft—, no solo igual al masculino, sino incluso superior a éste, por su sensibilidad.²

A cada una de las biografías de estas influyentes escritoras le sigue uno de sus textos más destacados en el tema de la lucha por la igualdad femenina. Estos, al igual que

las biografías, se encuentran ordenados cronológicamente, lo que nos permite también ir viendo la evolución de las distintas propuestas y teorías de aquellas pioneras. A tal fin contribuye también el hecho de que, aunque no siempre aparece el texto completo, la compiladora ha procurado que el capítulo o extracto seleccionado sea lo suficientemente extenso como para que no se pierda la idea principal del mismo. Que estos textos se publicaran prácticamente sólo a partir del siglo XVII, a pesar de que algunos de ellos se habían ya imprimido ya incluso en el XV, demuestra —como señala la Dra. Taillefer (2008: 10)— cuánto tiempo se tardó en aceptar que las obras escritas por mujeres salieran a la luz en vez de limitarse al ámbito privado. Mucho más tuvieron que esperar las escritoras para expresarse en géneros considerados pertenecientes a la “gran literatura”, lo que explica por qué la mayoría de los textos incluidos en *Orígenes del feminismo* se enmarcan dentro de la epístola o el ensayo. Es importante reseñar la importante labor de recopilación y selección llevada a cabo por la autora del libro, ya que la mayoría de dichos escritos no se encuentran en las antologías.

Por último, debemos señalar la útil Bibliografía con que se cierra el libro, en la que se distinguen las fuentes primarias, referentes a los textos traducidos, y las secundarias, que pueden resultar de innegable utilidad a quienes quieran seguir indagando en este apasionante campo de investigación relacionado con las raíces del feminismo. Sin duda, el conocimiento del pasado nos ayuda a entender mejor el presente y a procurar un futuro mejor. En relación a esta última idea, terminamos con las palabras de Mary Darby Robinson, una de las escritoras en *Orígenes del feminismo*, y aplicamos al libro aquí reseñado los mismos deseos que ella refiere a su carta: “Si esta carta sirve para influir en las mentes de aquellos a quienes me dirijo, así como para beneficiar a la próxima generación, mis fines y objetivos se habrán cumplido. [...] Para el intelectual profundo y para la crítica libre de prejuicio, esta carta se leerá con candor; asimismo, espero que su propósito se considere beneficioso para la sociedad” (Taillefer 2008: 247).

Notes

1. Otras investigadoras, como Walters (2005: 1) y Forster (1986: 327), sitúan la aparición de término ‘feminismo’ en una etapa más tardía, ya a finales del siglo XIX, en la década de 1890. No obstante, no sería del todo incorrecto considerar que las escritoras incluidas en este volumen utilizan un enfoque ‘feminista’, si tenemos en cuenta la amplia definición del concepto que nos ofrecen

especialistas como Gayle Austin: “A feminist approach to anything means paying attention to women. [...] It means taking nothing for granted because the things we take for granted are usually those that were constructed from the most powerful point of view in the culture and that is not the point of view of women” [“Aplicarle a algo un enfoque feminista quiere decir prestarles atención a las mujeres. Quiere

decir no dar nada por supuesto porque las cosas que se dan por supuestas son normalmente aquellas que se forjaron desde el punto de vista del más poderoso en la correspondiente cultura, y ese no es el punto de vista de las mujeres”] (1990: 2).

². No obstante, hay que reconocer que, incluso en épocas anteriores, hubo mujeres que se atrevieron a defender su superioridad por encima de la del hombre. Éste fue el caso, por ejemplo, de Jane Anger, que ya lo hizo a finales del siglo XVI, cuando explicaba que Eva era más pura que Adán, al haber sido hecho de sucia arcilla mientras ella

provenía de su carne, lo que “doth evidently show how far we women are more excellent than men” [“prueba de forma evidente cuánto más excelentes somos las mujeres que los hombres”]. Añadía, además, refiriéndose a sus vidas diarias, que el hombre no podía subsistir sin la existencia de la mujer (Walters 2005:9). El título de su única obra conocida es: *Jane Anger: Her Protection for Women to defend them against the scandalous reports of a late surfeiting Lover, and all other like Venerians that complain so to be overjoyed with women’s kindness, Written by Jane Anger, Gentlewoman at London, Printed by Richard Lone, and Thomas Orwin, 1589.*

Works cited

150

AUSTIN, Gayle. 1990. *Feminist Theories for Dramatic Criticism*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

BRADSTREET, Anne. (1650) 2006. “The Prologue”. In Lauter, Paul. (ed.) *The Heath Anthology of American Literature*. Vol. A. Fifth ed. Boston and New York: Houghton Mifflin: 397.

COWELL, Pattie. 2006. “Anne Bradstreet 1612?-1672”. In Lauter, Paul. (ed.) *The Heath Anthology of American Literature*. Vol. A.. Fifth ed. Boston and New York: Houghton Mifflin: 394-395.

FORSTER, Margaret. 1986. *Significant Sisters. The Grassroots of Active Feminism 1839-1939*. Harmondsworth: Penguin.

IRIGARAY, Luce. 1985. *This Sex Which Is Not One*. Trad. C. Porter and C. Burke. Ithaca: Cornell U.P.

OCAÑA, Juan Carlos. 2003. “El primer feminismo británico”. *HistoriasigloXX.org*.

<http://www.historiasiglo20.org/sufragismo/pri mfemgb.htm>

OSTROV WEISSER, Susan and Jennifer FLEISCHNER. (eds.) 1994. *Feminist Nightmares: Women at Odds; Feminism and the Problem of Sisterhood*. New York and London: New York University Press.

WALTERS, Margaret. 2005. *Feminism: A Very Short Introduction*. New York: Oxford U.P.

Received: 2 July 2009

Revised version: 24 July 2009